

Pasaje de las sexualidades posmodernas. Revisión a las propuestas en torno a una vida sexual liberada

The Passage of Postmodern Sexualities.

Review of Proposals regarding a Liberated Sexual Life

Recibido: 29-09-11
Aceptado: 25-10-11

Valmore Muñoz Arteaga

Universidad Cecilio Acosta
vmunoz@unica.edu.ve

Resumen

Este ensayo reflexiona sobre algunas ideas muy precisas en cuanto al tema de la sexualidad propuesta por Michel Foucault, Jean Baudrillard y Michel Onfray que, de alguna manera, la definen dentro del discurso de la posmodernidad. Mientras Foucault escudriña en la historia para desmontar el aparato ideológico o, si se quiere, los aparatos ideológicos, que han servido para reprimir, a través del sexo, la conducta humana; Baudrillard ve en la seducción una estrategia de desplazamiento, una desviación de la verdad del sexo. Estas estrategias acerca de las cuales ya reflexionó Foucault abrieron el espectro a una fase de liberación del sexo, a una proliferación exagerada que determina la pérdida total de la razón de ser del sexo. Por otra parte, Michel Onfray pone de relieve la persistencia de residuos de platonismo y cristianismo en la concepción de la sexualidad desde la modernidad, no sólo en la oposición cuerpo y alma, sino en la reducción de la sexualidad conyugal a una visión apolínea del goce, es decir: de la disciplina, de la razón –cartesiana, demasiado cartesiana–, del orden, de una vida fa-

Abstract

This essay reflects on some very specific ideas about the theme of sexuality proposed by Michel Foucault, Jean Baudrillard and Michel Onfray that, in some way, define it within postmodern discourse. While Foucault sifts through history to deconstruct the ideological apparatus or, if you will, the ideological apparatuses that have been used to repress human conduct through sex, Baudrillard sees in seduction a displacement strategy, a deviation from the truth of sex. These strategies, about which Foucault had already reflected, opened the spectrum to a phase of sexual liberation, an exaggerated proliferation that determines total loss of the reason for which sex exists. On the other hand, Michel Onfray brings out the persistence of residues of Platonism and Christianity in the modern concept of sexuality, not only in the opposition of body and soul, but also in the reduction of conjugal sex to an Apollonian vision of enjoyment, that is: discipline, reason – Cartesian, too Cartesian, order, a regulated family life, where individuals disappear to give space to

miliar reglamentada, donde los individuos desaparecen para darle espacio a los sujetos. La sexualidad, convertida en reflejo de una múltiple voluntad de poder, se convierte así, no sólo en instrumento de opresión de la mujer, sino también del hombre, sujetos ambos de una sexualidad represiva, controlada, haciendo necesarias nuevas formas de liberación sexual en la posmodernidad.

Palabras clave:

Sexualidad, posmodernidad, modernidad, racionalidad, sujeto.

Introducción

Afirma Rigoberto Lanz (1991, p. 69) que “las relaciones de dominación se instalan en todos los sistemas de representación del individuo condicionando en formas diversas sus percepciones, su sensibilidad, sus criterios de realidad, su mentalidad”. Detrás de toda práctica social hay un entramado de articulaciones e interacciones que se promueven en lo más profundo del sujeto. Esta armazón le brinda –aparentemente– una infranqueable efectividad “en la reproducción de la lógica de la dominación”. Para Lanz, así como para todos los posmodernos, los discursos que han circulado dentro de la sociedad han sido fuertemente intervenidos por la racionalidad instrumental, otros se referirán a la racionalidad moderna, otros a la razón científica, otros a la razón teológica; en todo caso, a la modernidad, cuyas ideas han dado forma a eso que llaman *civilización*.

Discursos que han emanado desde distintos centros de poder para justificarse y atornillarse aún más en la *sujetividad* del sujeto. De allí, afirma Lanz, que ningún análisis disciplinario pueda dar cuenta por sí solo de la lógica que gobierna los modos de reproducción del discurso –ahora sí– de la sexualidad.

Estos discursos generan los imaginarios colectivos, son contruidos, tejidos con sutileza por la racionalidad de quien somete y los construye partiendo de paradigmas morales promovidos por esa misma racionalidad. Deleuze y Guattari se preguntan por estas circunstancias, en especial, se cuestionan acerca de cómo se produce socialmente el deseo tal como opera en la realidad, ya que, para ellos, el deseo “no es una constante que se mantiene invariable a través del tiempo” (Díaz, 2008, p. 149). Si la concepción del deseo ha variado tanto y el deseo es una pieza clave dentro del discurso de la sexualidad, ¿qué ha hecho que, siendo uno, haya sido tantos? La conclusión a

subjects. Sexuality, converted into a reflection of a multiple will for power, is thus turned into an instrument not only for oppressing women but also men, both subjects of a repressive, controlled sexuality, making new forms of sexual liberation necessary in post-modernity.

Key words:

Sexuality, post-modernity, modernity, rationality, subject.

la cual llegan Deleuze y Guattari, pero también Foucault y más recientemente Onfray es *la voluntad de poder nietzscheana*.

La ambición de poder, más aún, la ambición por controlar ese poder, obliga a desarrollar discursos para ello. La sexualidad –vuelta discurso– ha sido codificada por el poder significando con ello la búsqueda de interpretaciones sobre ella para inculcarla en quienes ejercen su hegemonía; “es decir, darle un representación para que se haga consciente” (Giddens, 2008, p. 150). Al codificar la sexualidad, ésta se vuelve manejable, previsible y despotenciable para los cambios. Es de gran utilidad, para quienes ejercen densamente el poder, que las personas se apeguen a ciertas representaciones del deseo.

Ante esta ambición hegemónica de controlar la sexualidad *insurge* el quiebre que pretende representar la posmodernidad. La condición posmoderna se constituye sobre la base de la diferencia y esta diferencia pone en emergencia el criterio de identidad a través del cual opera la hegemonía. La posmodernidad abre el espectro y habla de identidades sólo determinadas por el individuo. Desde esa fractura comienzan a generarse discursos contra el discurso impuesto de la sexualidad impuesto. Este ensayo pretende esbozar las ideas consideradas más relevantes, más cuestionadoras de esos discursos contruidos por pensadores como Michel Foucault, Jean Baudrillard y Michel Onfray.

1. La historia de la sexualidad de Michel Foucault

Poseído por el mismo espíritu que animó a Friedrich Nietzsche para rastrear la idea de la moral hasta su origen, Michel Foucault hará lo mismo con la sexualidad. ¿Con cuál finalidad Foucault emprende la tarea? Escudriñar en la historia para desmontar el aparato ideológico o, si se quiere, los aparatos ideológicos, que han servido

para reprimir, a través del sexo, la conducta humana. El francés ve con claridad cómo el pavoneo de los cuerpos crispaba la animosidad hipócrita de las sociedades, aunque haga mención específica de la sociedad victoriana. La sexualidad vista como una expresión salvaje y primitiva y que anteriormente Bataille había definido como *erotismo del cuerpo*, aquella que se expresaba sólo con el fin de desbordar las pasiones, sin objetivos reproductivos, tenía que ser controlada a toda costa.

Sin embargo, lo interesante en el ataque de Foucault es que señala directamente a los propios mecanismos internos del discurso sobre la sexualidad los dispositivos efectivos para su control. "Si verdaderamente hay que hacer lugar a las sexualidades ilegítimas, que se vayan con su escándalo a otra parte: allí donde se puede reinscribirlas, si no en los circuitos de la producción, al menos en los de la ganancia. El burdel y el manicomio serán esos lugares de tolerancia (...) las palabras y los gestos, autorizados entonces en sordina, se intercambian al precio fuerte" (Foucault, 1998, p. 10). De tal manera que, el sexo liberado, el sexo que buscaba sólo placer y gozo tenía derecho a las formas de lo real en estos espacios. Espacios que permitían el control y, al mismo tiempo, la ganancia.

Ahora bien, la sociedad moderna veía con preocupación cómo el sexo comenzó a apropiarse de otros estadios de la vida. La literatura y el arte, por ejemplo, abrían un campo enorme para la transgresión y eso generaba incomodidad. Entendía la hipocresía de la sociedad, y así lo vio Foucault, que quien habla del sexo posibilitaba el quiebre del poder controlador. Quienes hablan de sexo poseen ciertos aires de transgresión deliberada, "quien usa ese lenguaje –escribirá– hasta cierto punto se coloca fuera del poder; hace tambalearse la ley; anticipa, aunque sea poco, la libertad futura" (1998, p. 13). Ahora bien, ¿qué hacer ante esa anticipación? La sociedad moderna asume un riesgo distinto. No intentará encerrar a la sexualidad en la clandestinidad. Todo lo contrario. La sociedad moderna liberará al discurso sexual promoviendo la discusión y la investigación sobre el fenómeno.

El sexo "ha venido a formar parte de «un gran sermón», que sustituye a la tradición más antigua de las prédicas teológicas" (Giddens, 2008, p. 37). Lo que han venido llamando "liberación sexual" no es más que otro dispositivo del mismo aparato de poder que denuncia. "Como si para dominarlos en lo real hubiese sido necesario primero reducirlos en el campo del lenguaje, controlar su libre circulación en el discurso, expulsarlo de lo que se dice y apagar las palabras que lo hacen presente con

demasiado vigor" (Foucault, 1998, p. 25). Diciéndolo de otra manera; cambiar todo para que nada cambie.

Entre los siglos XIX y XX se diseñan, según Foucault, estos nuevos dispositivos. Se utilizan las *perversiones* para probarlo. Médicos y psiquiatras muestran descarnadamente, casi como por catálogos de ropa íntima, perversión tras perversión. Aberraciones sobre las cuales nada se decía, ahora se dirá de todo. Quedaban expuestas a la inspección pública como una especie de panóptico dentro del cual una mirada invisible caía sobre nosotros obligándonos de alguna manera a vigilar nuestras propias acciones. La civilización, dirá Giddens junto a Foucault, implica disciplina, y la disciplina implica control de los mecanismos internos. La consecuencia de todo esto no era la desaparición de las perversiones, era, por el contrario, darle vida dentro del discurso analítico y así hacerlas visibles y permanentes. Los perversos pasaron a ser entonces tan sólo la historia de un caso.

No debemos imaginar que todas estas cosas, antiguamente toleradas, atrajesen publicidad y recibiesen una designación peyorativa cuando vino el momento de atribuir el papel de regulador a un tipo de sexualidad que era capaz de reproducir la fuerza de trabajo y la forma de la familia (...). A través del aislamiento, intensificación y consolidación de las sexualidades periféricas, las relaciones del poder con el sexo y el placer se ramificaron y multiplicaron, midieron el cuerpo y penetraron los modos de conducta. (Foucault, 1998, p. 39)

En contraposición a la cultura oriental que desarrolló artes para la sensibilidad erótica, en Occidente –campo de desarrollo de la modernidad– se dio rienda suelta a un histórico desarrollo con la firme convicción de transformar a la sexualidad en una ciencia fría y calculadora que lo mide todo: desde el tamaño del pene, pasando por el número de orgasmos de unos y otras, hasta la creación de patologías como la eyaculación precoz. Se asumió una visión científica que no explicaba nada, pero lo constreñía todo. Que no generó más que limitaciones ahora probadas numéricamente. ¿De qué se aprovechó la modernidad? Del principio de la confesión católica que servía –y sirve– para regular a los creyentes. Equipos de expertos, sexólogos y especialistas cualificados –nuevos sacerdotes de la nueva fe– están listos para excavar en el secreto que han ayudado a crear.

El sexo está dotado "con poderes causales vastos y parece tener una influencia sobre muchas acciones

diversas” (Giddens, 2008, p. 41). La sexualidad dejó la clandestinidad para someterse al enjaulamiento de la liberación. Ahora es un fenómeno que espera el bautismo del análisis racional y, naturalmente, la corrección terapéutica. La sexualidad dejó de ser sexo, encuentro, refecilación de los cuerpos, hospitalidad de la carne a la carne sometida a la intemperie, para volverse constructo social que opera en campos de poder. Sin embargo, no es la sexualidad en sí misma lo que preocupa a Foucault. “Tengo que confesar, dirá, que estoy más interesado en problemas de técnicas del Yo y asuntos de ese estilo que en el sexo [...] el sexo es aburrido” (Foucault, 1990, p. 88). En tal sentido, nos queda claro que el debate en torno a la sexualidad y la moral del placer que configuran *Historia de la Sexualidad* es representado más como un análisis del sujeto, la subjetividad y la verdad que de la sexualidad. Esta nueva disposición facilitaría la apertura de una zona reflexiva en la cual afrontar de nuevo la cuestión del sujeto y todas las problemáticas lindantes a la misma. En cuanto a este punto, Deleuze va más allá al afirmar que:

El tema que siempre ha obsesionado a Foucault es más bien el del doble. Pero éste nunca es una proyección del interior, al contrario, es una interiorización del afuera. No es un desdoblamiento de lo uno, es un redoblamiento de lo otro. No es una reproducción de lo mismo, es una repetición de lo diferente. No es la emanación de un yo, es la puesta en inmanencia de un siempre otro o de un no-yo. En el redoblamiento lo otro nunca es un doble, soy yo el que me vivo como el doble del otro: yo no estoy en el exterior, encuentro lo otro en mí. (1987, p. 129)

Sea la sexualidad o un análisis del sujeto, Foucault quiebra en su razonamiento con la construcción de la sexualidad y del individuo fraguada desde la racionalidad moderna. En este sentido, puede verse cierta sintonía entre él y Bataille en cuanto a la necesidad de reflexionar al Yo en función del otro, buscando –diría Lévinas– el surgimiento del *nos-otros*.

2. La seducción como concepto en Jean Baudrillard

Formado bajo la égida de figuras como Althusser y Debord, Baudrillard entiende que la producción había dejado de ser la base del orden social abriendo ahora espacios al consumo. De allí su interés en ahon-

dar en torno a la idea de la seducción. “Si Lacan fue el filósofo del deseo, convirtiendo su obra y su práctica en una perfecta máquina de captura del deseo del Otro, Jean Baudrillard fue el filósofo de la seducción, el simulacro y la simulación. Con Baudrillard uno nunca está seguro del verdadero estatus de lo que está leyendo, y menos de su intención” (Fernández Romar, 2009).

En *De la seducción*, Baudrillard parte, como lo harán Nietzsche y Foucault, buscando el origen de la palabra para advertir a qué se refiere inicialmente con el concepto. *Seducere* tiene que ver con llevar aparte, o desviar de la vía, estrictamente significa: *acción de apartar*. De tal manera que, seducción resultará ser el descarrío de la verdad, estrategia de desplazamiento, desviación de la verdad del sexo. Estas estrategias de desplazamiento de las cuales ya reflexionó Foucault abrieron el espectro a una fase de liberación del sexo, a una proliferación exagerada que determina la pérdida total de la razón de ser del sexo. El sexo se desbordó a sí mismo y comenzó a brotar por todas partes. Su rostro asomaba su lengua en todos los terrenos posibles, menos en el de la sexualidad.

Volviendo al punto del *desvío*, Baudrillard transforma el término para llevarlo a otro que redondee su idea. Basándose en Walter Benjamin toma la idea de *reversibilidad*, como aquel

“movimiento de ida y vuelta” derivado de la reproducción de las obras de arte. Baudrillard tomará esta idea para asumir la reversibilidad como aquel proceso de reversión de los términos (más bien de los signos) en el sentido de que estos son desviados de su trayectoria y devueltos a su punto y forma original. En suma, la forma reversible de la seducción consistirá en un desplazamiento que, como bien lo pensó Benjamin, es de ida y vuelta, lo que sugiere un desplazamiento cíclico como proceso circular. (Capasso, 2007, p. 62)

Seguido de la *reversibilidad* aparece para Baudrillard la posibilidad del *desafío*:

La seducción es inmediatamente reversible, su reversibilidad proviene del desafío que implica y del secreto en el que se sume. (...) Tal es el desafío. También forma dual que se agota en un instante, y cuya intensidad proviene de esta reversión inmediata. Con capacidad de embrujo, como un discurso despojado de sen-

tido, al que por esta razón absurda no se le puede dejar de responder. (2008, p. 79)

Ello viabiliza una reciprocidad permanente y ritualizada en la medida en que el desafío admite como medida primordial su colindante réplica, que termina siendo otro reto que se asume como superior al anterior. Así, "lo ritual remite a la devolución del reto en otro reto superior, como también la obligatoriedad como regla fundamental del intercambio" (Capasso, 2007, p. 63).

En *De la seducción* Baudrillard también toca con profundidad el tema de *lo femenino*. Curiosamente, uno de los aspectos más resaltantes del posmodernismo es el insurgimiento de las llamadas minorías sociales, entre ellas, las mujeres, a través de distintos movimientos feministas. Digo curiosamente, ya que, una de las tareas que emprende Baudrillard es desmontar el discurso de las radicales feministas del mundo. Pero, ¿a qué se refiere con *lo femenino*? A lo soberano en el universo de la apariencia. Ésta no es otra cosa más que una construcción artificial. La apariencia tiene que ver con la construcción artificial de los signos, cuya meta es tergiversar y simular el deseo del otro. Así, lo femenino es su construcción definida en términos de signo artificial con ayuda del adorno y el maquillaje.

Por esta razón, considera que lo femenino es "tramposo" en una doble vertiente: por un lado, debido a que manipula –como hemos dicho– con el ardid y el simulacro; por otro lado, porque no se produce como verdad. Por ello, "lo femenino es irreductible a la obscenidad y la transparencia propias de la sociedad posmoderna" (Capasso, 2007, p. 65). Esto no sería del todo una exageración del filósofo, ya que, si nos situamos en la manera en que los griegos categorizaron y diferenciaron lo masculino de lo femenino, encontramos que lo masculino supone la solidez y la dureza; es decir, aquello de lo que es señalada la racionalidad moderna. Lo femenino, por el contrario, representa lo líquido, la blandura; es decir, aquello que simbólicamente resalta la posmodernidad. En todo caso, la trampa de la cual se vale *lo femenino* y donde sustenta su poder seductor es el hecho de que nunca está donde se piensa. *Lo femenino*, así como la poesía, siempre está en otra parte, siempre es otra cosa. La seducción femenina, para Baudrillard (2008, p. 27), se sostiene de una construcción artificial y, en ese sentido, es análoga a la seducción animal, puesto que ambas son "una sugestión brutal".

Escribe Baudrillard:

En los animales es donde la seducción adquiere la forma más pura, en el sentido de

que en ellos el alarde seductor aparece como grabado en el instinto, como inmediatez en comportamientos reflejos y adornos naturales. Pero no por ello deja de ser perfectamente ritual. En efecto, lo que caracteriza al animal como el ser menos natural del mundo es que su artificio, su efecto de mascarada y de adorno es el más ingenuo. (2008, p. 86)

Para Baudrillard, como observa Capasso (2007, p. 65), será ese adorno el asunto clave, por cuanto, "Por un lado, el adorno es el vertedero sobre el cual se abole la distinción entre naturaleza y cultura; por el otro, el adorno es el vértice rector de la analogía feminidad-animalidad". La encrucijada entre ambos se halla en las pericias decorativas, en el empleo del adorno como carácter artificial mediante el cual se erige la simulación de lo femenino y de lo animal: "En el meollo de esta paradoja, allí donde queda abolida la distinción entre naturaleza y cultura en el concepto de adorno, se ventila la analogía entre feminidad y animalidad" (Baudrillard, 2008, p. 86). Entiende Baudrillard que existe una semejanza entre lo expuesto y las sociedades primitivas en cuanto a que la ornamentación se transforma en una especie de ritual forjado sobre la base de signos contruados artificialmente.

El ritual es entendido por Baudrillard (2008, pp. 65, 87) como el "sistema ceremonial periódico de prestigio y de dominio de signos, así como también una forma de organización cíclica y de intercambio universal basado en la regla de las analogías infinitas". Razón por la cual este autor explica que "Si los animales nos gustan y nos seducen es porque son para nosotros el eco de esta organización ritual. Lo que nos evocan no es la nostalgia del salvajismo, sino la nostalgia felina y teatral del adorno, la de una estrategia y una seducción de las formas rituales que superan cualquier socialidad y que aún nos hechizan".

Esta analogía la emplea el filósofo para señalar que la seducción es eminentemente femenina; es decir, una actividad que sólo parece vincularse con la mujer ya que ella –la mujer– sólo es apariencia. Cubre su cuerpo de apariencia y simulaciones con la finalidad de exacerbar sus rasgos y de esa manera "hacer fingir y significar al cuerpo a través de su apariencia para subrayar su dimensión simbólica y con ello seductiva" (Capasso, 2007, p. 66). ¿Por qué lo hace? Baudrillard responde que su objetivo es retar al mundo, desafiarlo, ponerlo en crisis, ya que "nada existe por naturaleza, todo existe gracias al reto que se le lanza y al cual está obligado a responder" (2008, p. 88).

Ahora bien, *De la seducción* es un libro que publica Baudrillard finalizando la década de los años 70 y no pudo contemplar –era imposible hacerlo– el surgimiento de lo que se denominaría el hombre *metrosexual*, cuya aparición data de mediados de la década de los 90. La conducta de hombre *metrosexual* responde, en cierta medida, a la descripción que sobre la construcción de la apariencia de la mujer hace el filósofo francés. ¿Esto contradice sus ideas? No lo creo. Más bien, amplía aún más el espectro de su análisis, en especial si asumimos que eso que llamamos *femenino* no necesariamente responde a un criterio genital. Lo *femenino* y lo *masculino* podría responder a un criterio establecido en función de la racionalidad y de cómo en ella se circunscriben las sensibilidades. De hecho, Baudrillard explora la idea cuando afirma que,

Ya no hay ni femenino ni masculino: grado cero de la estructura. Eso es lo que hoy se produce simultáneamente: polivalencia erótica, potencialidad infinita de deseo, ramificaciones, difracciones, intensidades libidinales - todas las múltiples variantes de una alternativa liberadora sacada de los confines de un psicoanálisis liberado de Freud (...) todas se conjugan, tras la efervescencia del paradigma sexual, hacia la indiferenciación de la estructura y su neutralización potencial. (2008, p. 15)

Siguiendo a Sade, Casanova, Laclos y los libertinos barrocos, Baudrillard (2008, p. 70) señala que la sexualidad –tal y como la concebimos– no es más que una construcción social, una refinada elaboración de nuestro imaginario auspiciado por el cartesianismo moderno. La diferencia de los sexos es sólo una ficción, ya que se sostiene sobre la base de una cultural genital instaurada desde el falocentrismo y cuyas funciones son determinadas por alguna pulsión no genital. “Por tanto, la sexualidad deviene simbólica puesto que está determinada por algún principio que se dice natural pero que, en última instancia, pertenece al invento humano”.

3. De la teoría del cuerpo enamorado a una erótica solar de Michel Onfray

Una idea que ha sostenido Michel Onfray (2008, p. 111) en sus libros es señalar a la moral judeocristiana de ser la única responsable en el amordazamiento de los sentidos humanos, asfixiando perversamente al deseo y

el derecho a la búsqueda del placer con la única finalidad de neutralizar y aniquilar la emancipación personal. Una moral armada con los residuos del platonismo que obliga a ver y a concebir “un cuerpo esquizofrénico que se odia a sí mismo”, mientras reivindica “para sí la ficción de una supuesta alma inmaterial e inmortal” que margina al goce a un furúnculo dependiente de la pulsión de muerte cultivada, no sólo por las religiones, sino por todos los otros caminos de la cultura occidental.

El baño metafísico en el que los poderes religiosos sumergen a sus fieles anega a la sociedad en su conjunto. Afirma Onfray que la normatividad cristiana –burda copia desangelada de ideales paganos– demostró ser tan eficaz para el dominio, que sirvió de modelo no sólo a los demás monoteísmos, sino que alcanzó a las instituciones laicas que –con distintos grados de discernimiento– se dedican a someter a las personas.

De qué podría hablar la carne domesticada por los ideales judeocristianos. Quién sabe. Aunque de entrada nos queda claro que no diría lo mismo que aquellas que han sido gozadas hasta las náuseas por el erotismo chino, indio, japonés, griego o romano. Afirma Onfray (2008, p. 112) que el erotismo judeocristiano es totalmente contrario al erotismo: “odio al cuerpo, a la carne, al deseo, al placer de las mujeres y al goce”. No hay arte de goce católico, “sino un dispositivo omnisciente castrador y destructor de toda veleidad hedonista”. Uno de los pilares de *esta máquina* de producir vírgenes, santos, eunucos, madres y esposas es erigido incuestionablemente a costa de *lo femenino en la mujer*.

La mujer es –en todo este proceso– la primera víctima, al ser señalada culpable de todo el desenfreno en este campo de la carne. ¿Por qué pienso –y no Onfray– en la mujer como primera víctima del proceso? porque una mujer a quien se le confisca su acceso al goce pleno termina por someter al hombre a un goce que, aunque limitado, tampoco es auténtico. Este proceso promotor del *displacer* terminó por inocular en Occidente la nefasta concepción del deseo como falta. Proceso que se ha sostenido afanosamente desde las teorías de Platón hasta las de Lacan.

¿Qué sostienen todas estas teorías? Onfray lo explica de la siguiente manera: “los hombres y las mujeres provienen de una unidad primitiva destituida por los dioses debido a su insolencia de gozar su totalidad perfecta; somos fragmentos, pedazos e incompletitud; el deseo nombra la búsqueda de esa forma primitiva; el placer define la creencia en la realización fantasmagórica de ese animal esférico, puesto que es perfecto. El deseo como falta y el placer como satisfacción de esa se encuentran en el origen del malestar y la miseria sexual” (2008, p. 120). Esta fic-

ción sigue formando parte del imaginario humano que ha conducido a los amantes a la frustración debido la infructuosa búsqueda del *amor ideal* bajo la piel de un *príncipe azul* o su versión femenina.

¿Qué queda luego de esta búsqueda? La decepción, ya que lo real nunca soporta las comparaciones con el ideal. Este *amor ideal* no es más que un amor adherido a los valores morales del cristianismo, pero profundamente vinculados con el mundo ideal prefigurado por Platón. Un complot maquinado por los hombres contra las mujeres, para llenar sus mentes con sueños vanos e imposibles. Esos sueños ridículos fueron explotados por la novela romántica. Un ejemplo muy claro de lo que expresa Onfray es Emma Bovary, la *¿heroína?* de Flaubert. Onfray entiende que la decepción termina siempre por salir a la luz cuando se compara lo real con lo imaginario que transmite la moral dominante, con ayuda de la ideología, la política y la religión, que actúan conjuntamente para reproducir y conservar la mitología primitiva.

El deseo no es falta. El deseo es exceso que amenaza con desbordarse. El deseo es la naturaleza que no se contiene ni contienen; el goce, el placer es el ahogo. Física de la materia. Mecánica de fluidos. "Eros no desciende del cielo de las ideas platónicas, sino de las partículas del filósofo materialista" (Onfray, 2008, p. 113). Es por ello que es necesaria una nueva erótica, una erótica poscristiana, solar y atómica.

El deseo desencadena una formidable fuerza antisocial. Por tal razón, es necesario capturarlo, domesticarlo y purificarlo con las aguas maravillosas del amor divino que lo haga socialmente aceptable y que deje de generar una energía peligrosa para el orden establecido. ¿En qué consiste esta domesticación? En la prudencia, el ahorro, la sumisión, la obediencia, el aburrimiento. El deseo, cuando no es sometido, implica: libertad total, soberanía del capricho, imprudencia generalizada, gastos suntuarios, insubordinación contra los valores, rebeldía contra las lógicas dominantes, asocialidad total. "Para poder existir y preservarse, la sociedad debe someter esa potencia salvaje y sin ley" (Onfray, 2008, p. 113).

Michel Onfray (2008, p. 116) advierte sobre otra razón que explica la codificación ascética de los deseos y placeres: "la voluntad salvaje de reducir a la nada la increíble potencia de lo femenino". El hombre sólo responde a las leyes de la naturaleza que él mismo ha diseñado. No conforme con eso, dio forma a la naturaleza de la mujer que, no es la real, es una ficticia, inauténtica, donde la naturaleza del macho puede respirar sin la posibilidad de la asfixia. La mujer ha sido diseñada por el hombre para responder a un *artificio cultural*, a un discurso erótico y a

unas técnicas del cuerpo que Onfray enumera de la siguiente forma: inspiración, dominio de los desbordes, retención, variaciones de las habilidades corporales, entre otras.

El cuerpo de la mujer es una línea de fuga, abismo, puerta hacia un mundo cuya única salida es la renunciación al propio cuerpo. Frente al cuerpo de la mujer y su naturaleza, la que reposa bajo la inauténtica, no hay alternativas, sólo hay amantes desasidos y desasidos por el poder que creen ejercer. Lo que rompe con el artificio cultural es el hecho de que la mujer es profundidad infinita, goce infinito, sabrosa infinita, infinitudes de las que ella se ha venido haciendo consciente.

Al hombre, naturalmente torpe, más allá de toda construcción ética de la culpabilidad, le incomoda que su pareja se quede en el umbral del placer. Onfray (2002, p. 93) afirma que esto no implica consideración por la otra, ni tampoco empatía moral con su frustración, que tan sólo se trata de orgullo: "a los ojos de ella, pasa por impotente, incapaz, macho incompleto, con una potencia ficticia puesto que se muestra deficiente". El hombre se transforma en técnico; es decir, en aquel que juega con el cuerpo de la mujer, lo trabaja, lo retoca. Maquillar la impotencia. ¿La otra alternativa? refugiarse en la posibilidad de reducir el deseo femenino hasta su mínima expresión. ¿Cómo? Sencillo. ¿Quiénes han venido trabajando los códigos del sexo? O, al menos, ¿quiénes lo han hecho hasta ahora?

De tal manera que, mientras por un lado los hombres edificaban ciudades y reinos, por el otro lado, definían todo ¿todo? cuanto tuviese que ver con el sexo. "El código de la buena conducta libidinal femenina se vuelve, por lo tanto –por pura imposición de la arbitrariedad masculina–, ley inquebrantable. Potencia del falocentrismo y temor a la castración" (Onfray, 2008, p. 89). Para elaborar y promulgar ese código, el hombre ha empleado diversos canales a fin de que quede establecido casi genéticamente, entre ellos, el más exitoso: la religión, que se volvió una experta en extinguir las libidos. Ellos son intérpretes de Dios quien, a través de ellos, decreta la suciedad del cuerpo y que los responsables directos de esa impureza son el deseo y el placer, no sin antes dejar bien claro, sin espacio para malos entendidos, que la mujer es definitivamente el vehículo del diablo para manchar el templo, porque, como sabemos, el cuerpo es el templo donde ese Dios habita y, mientras más limpio, más feliz estará Dios y, mientras esté feliz, nuestro acceso al paraíso será expedito.

Ahora bien, si el sacrificio total del cuerpo resulta imposible, queda otra alternativa, una señal de la am-

plitud de Dios y sus intérpretes: la castidad familiar. La sexualidad sólo es válida y tolerable dentro del marco familiar, monógamo, y consagrado por el matrimonio cristiano, Pablo y otros teóricos cristianos de estos temas –los Padres de la Iglesia– le permiten un (pequeño) margen de acción a la pareja y, sobre todo, le preparan el camino a la reproducción de la especie, lo cual garantizará la continuidad de la comunidad humana controlada –obviamente– por los actores de la ideología del ideal ascético (Onfray, 2002, p. 118). La sexualidad conyugal, al menos aquella amparada bajo las premisas religiosas, traduce la libido a través de una visión apolínea del goce; es decir: de la disciplina, de la razón –cartesiana, demasiado cartesiana–, del orden, de una vida familiar reglamentada donde los individuos desaparecen, para darle espacio a los sujetos. Los sujetos aparecen y con ellos la miseria sexual regida por los determinismos sociales, la propaganda ideologizante y moralizadora que hace de la servidumbre un acto voluntario.

Según Onfray (2002, p. 100), sólo se puede superar esta miseria sexual sembrada por la modernidad a través de la racionalidad teológica, por medio de un libertinaje, que abra espacios a la constitución de una erótica solar. Un libertinaje que tenga como punto de partida el materialismo hedonista epicúreo, fundamentalmente expuesto en *De la naturaleza de las Cosas* de Lucrecio. Un libertinaje que fracture de raíz las ideas que fraguaron la perversión de oponer encarecidamente al cuerpo y al alma. Que permita la renuncia a “asociar hasta la confusión el amor, la procreación, la sexualidad, la monogamia, la fidelidad y la cohabitación; así como recusar la opción judeocristiana que amalgama lo femenino, el pecado, la falta, la culpabilidad y la expiación”. Ideas que inmovilizan al ser humano y que no consienten las ventajas del goce amoroso. Ventajas que tuercen lo que tradicionalmente se ha considerado como *pecados* y los transforman en virtudes; estas son: la poligamia, las fidelidades, la esterilidad, la soltería, la soledad y la libertad.

Conclusiones

La escritora y psicoanalista venezolana, Ana Teresa Torres plantea que

Ser hombre o mujer es un hecho del lenguaje, un cierto modo de insertarse en la cultura, porque la cultura apresa la condición sexual de los seres humanos y los ordena, organiza la división de los sexos, rige las rela-

ciones entre ambos, adscribe funciones inscritas en la economía, asigna pautas de conducta social, e impone un cierto modo de condicionar los fenómenos insertos en la sexualidad. (2007, p. 60)

Lo que se entiende por hombre y mujer es tan sólo un proyecto cultural y no un mandato de la naturaleza, como puede ocurrir en el caso de los animales. Los elementos que conforman la sexualidad: deseo, amor, elección del objeto, goce, sufrimiento, prohibición, conflicto, todo ello es un producto cultural. El cuerpo, afirma Torres, no es más que un “pedazo de carne y hueso”, amasado por esa cultura. “La cultura es la red simbólica que inscribe ese cuerpo en un sentido que lo puede hacer deseable, torturable, prohibido o lícito, abierto al placer o al sufrimiento”.

La cultura que fue perfilando la modernidad se sostuvo sobre bases represivas. Diseñó a dos sujetos como protagonistas de la historia: un opresor y un oprimido, un amo y un esclavo; desde esta configuración binaria surgieron hombre y mujer, muy lejos de aquella historia del polvo, el soplo divino y la costilla. El hombre protagonista de la película. La mujer tan sólo un objeto más del decorado. El hombre, a través de la cultura que diseñó, empleó todas las estrategias posibles para reprimir la naturaleza salvaje de la mujer. Sin darse cuenta que, al mismo tiempo que constreñía la sexualidad femenina, hacía lo propio con su sexualidad.

¿Qué hizo Marx cuando, en su análisis del capital se encontró con el problema de la miseria obrera? Pregunta y responde la filósofa argentina Esther Díaz, no la imputó ni a la insuficiencia natural, ni al escamoteo establecido, que eran las explicaciones frecuentes en su época. Pensó, por el contrario, que “matar de hambre a los trabajadores no es la razón de ser del capitalismo; pero sí la consecuencia inevitable de su desarrollo” (2008, p. 132). Marx sustituyó la acusación de robo por el análisis de la producción; señaló a los procesos productivos de capital, más que a sus indudables resultados. Algo parecido hace Foucault cuando se topa con la pretendida represión de la sexualidad. No desconoce la miseria sexual de nuestras sociedades; pero tampoco trata de explicarla negativamente por la represión. Considera, en cambio, que “existen mecanismos de poder que al producir sexualidad, engendran sistemas represivos” (Díaz, 2008, p. 132). Pero la represión no es una finalidad en sí misma, sino una consecuencia del ejercicio de poder sobre la conducta de los sujetos.

Mecanismos de poder que sujetaban al sujeto. Mecanismos de poder que progresivamente se fueron fracturando, ya que, donde existe el poder también existe la resistencia a ese poder y, como advirtiera la novelista Vivian Jiménez: no hay nada más liberador que un orgasmo. Las aguas se desbocaron y no hubo manera de detener la irracional furia de la naturaleza. Esa furia, esa irritación de los cuerpos ha intentado ser interpretada y, en algunos casos, avivada, por pensadores que se adscriben a la crítica dura de la modernidad y sus dispositivos controladores. Dispositivos que, si bien es cierto, afectaron a hombres y mujeres, terminaron entregando a estas últimas toda la carga de responsabilidades y culpas remotas. Desarticular esos dispositivos es la propuesta de algunos pensadores de la posmodernidad.

La posmodernidad asume el compromiso de desmontar el aparato, desconstruir la realidad diseñada, desarticular los dispositivos de control y apuntar hacia una liberación de la libertad expresada en los términos de la modernidad. Foucault busca subyugar los discursos que han subyugado al sexo y lo hace con la firme intención de liberar las identidades del Yo, del sujeto como protagonista de su propia subjetividad sin intermediarios de otro orden. Baudrillard busca demoler desde su raíz el mundo de las apariencias modernas que esclavizan la naturaleza simple y profunda del sexo. Onfray ha señalado a la moral teológica como la entidad que ha sometido a hombres y mujeres por igual señalando al cuerpo como un camino a través el cual el alma se pierde.

Ideas muy críticas y, en algunos casos, muy violentas, pero que develan los senderos por donde ha transitado el tema del sexo y la sexualidad. Caminos llenos de trampas, inseguros, regados con el miedo al error, al pecado. Ideas que, como apunta Foucault, no hacen más que liberar, dar rienda suelta al poder subjetivo del ser humano. La sexualidad no es un hecho, es la interpretación de un hecho. Creo con Onfray que muchas de esas interpretaciones se han formulado con el ánimo malsano de desviar al ser humano en su búsqueda del placer. Se han formulado sembrando miedos celestiales y terrenales con la aparente finalidad de alejar lo más posible al hombre de su propia condición humana: una condición que se hace real a través de la carne, del cuerpo. Interpretaciones que hasta bien entrado el siglo XX sólo habían sido validadas desde una sola racionalidad: la masculina.

La razón masculina, es decir, la razón racional tomó terreno, se hizo unívoca y ambiciona ser universal. Occidente es el espacio de esa racionalidad y nosotros hemos *emparapetado* esos códigos en nuestras vidas sexuales haciéndolas miserables. Esto plantea la necesidad

del despertar de la razón sensible, es decir, lo dionisiaco que es la razón femenina y esa razón está dentro de hombres y mujeres por igual. Creo que al despertarla nos volvemos sólo posibilidades de plenitud. El goce, el placer, el deseo se abren, transformando al cuerpo en carne hospitalaria y en conocimiento carnal. La racionalidad masculina edificó toda una serie de mecanismos para encerrar y luego fragmentar al placer. Continuando con Onfray, la única manera de quebrar esta racionalidad es apostar por un libertinaje anárquico.

El orgasmo irracional contra la racionalidad ascética del patriarcado fundamentada en el ideal cristiano, fue la razón masculina que no sólo deformó –o pretendió deformar a la mujer y su potencia sexual– también pudo deformar la del hombre. Se explaya en explicaciones acerca de las limitaciones físicas del hombre en cuanto a la entrega al goce, al estallido de los cuerpos. Para Onfray, el goce masculino queda fulminado en la descarga seminal, mientras que el goce femenino puede seguir más allá de la evasión masculina. Pero, así como fue moldeado históricamente el goce de la mujer, ¿acaso no ha podido ocurrir lo mismo en el hombre moderno rebosante de disfunciones sexuales?, y ¿qué pasa si esto también es producto de esa racionalidad cuestionada?, ¿qué pasa si esos límites en el goce en el hombre se asoman como consecuencia del deseo por controlar la naturaleza desbordada y desbordante de la mujer?, ¿por qué preguntarlo ahora?

Al seguir en sintonía, pues, sería fácil ahora decir que el odio al cuerpo no es más que el miedo al cuerpo. Por eso hay que apelar *virilmente* a una doctrina femenina. Esto, en otro orden de ideas, es planteado por Maffesoli cuando se refiere a una *razón sensible* que abra la posibilidad de una *razón ardiente* que es donde puede producirse un conocimiento carnal, una cópula de sujeto y objeto, que hace uno solo de los dos.

Referencias

- Bataille, G. (2005). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Baudrillard, J. (2008). *De la seducción*. Madrid: Editorial Cátedra.
- Capasso, M. (2007). Baudrillard y la seducción. *Revista de teoría, epistemología, comunicación, cultura y política*, 1, octubre 2006 - Marzo 2007.
- Deleuze, G. (1987). *Foucault*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Díaz, E. (2008). *Posmodernidad*. Caracas: Editorial Alfadil.

- Fernández Romar, J. (2009). *Jean Baudrillard: el filósofo de la seducción*. En Nodo 50. <http://info.nodo50.org/Jean-Baudrillard-el-filosofo-de-la.html>
- Foucault, M (1990). *Tecnologías del Yo y otros textos afines*. Madrid: Editorial Paidós.
- Foucault, M. (1998). *Historia de la Sexualidad I. La Voluntad de Saber*. Madrid: Ediciones Siglo XXI.
- Giddens, A. (2008). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Lanz, R. (1991). *Cuando todo se derrumba. Crítica a la razón ilustrada*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- Onfray, M. (2002). *Teoría del cuerpo enamorado. Por una erótica solar*. Valencia: Ediciones Pre-Textos.
- _____ (2008). *La fuerza de existir. Manifiesto hedonista*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Torres, A.T. (2007). *Historias del Continente Oscuro*. Caracas: Alfadil Editores.